

La Conversión de Pablo (3): Pablo Recibe la Vista

Un sermón basado en Hechos 9:17-19

Por Rev. A.P.A. DuCloux (sermón “Inheritance” XXII-9)

Lectura Bíblica: Hechos 9:10-22

Salterio 400:1, 5
94:1, 4, 5
398:1, 2
71:1

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en Hechos 9, los versículos 17 hasta 19, donde leemos la Palabra de Dios así: *“Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista, y levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco”*.

Queridos amigos, ya hemos considerado la conversión de Pablo y su oración después de ser convertido. Ahora vamos a meditar en el hecho de que Pablo recibe la vista otra vez. Deseo fijarme en particular en la obra del Espíritu Santo. Espero que aquel Mismo Espíritu nos ilumine cuando consideramos nuestro tema:

PABLO RECIBE LA VISTA

Vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. El encuentro de Ananías con Pablo;**
- 2. El resultado feliz de este encuentro; y**
- 3. La aplicación personal a nosotros.**

PRIMER PUNTO

Queridos amigos, Pablo había sido cegado por una luz sobrenatural, y la última vez lo hemos visto orando, postrado a los pies de Jesús como un pecador desesperado. De repente, Ananías le vino al encuentro y puso sus manos sobre Pablo para que recibiera la vista. Aquí vemos el cumplimiento de la profecía que Ananías había recibido del Señor (v. 12). De esta manera Pablo se dio cuenta de que había recibido su vista otra vez de Dios, por medio de un hecho divino. El Señor trata así a los que Él ha hecho postrarse a Sus pies, muertos en pecado, y a los que han

recibido la gracia de Él Mismo. El Señor escucha las oraciones de tales personas, pues es Su propia obra. Es más, pecadores como Pablo se perderían siempre si no hubiera la ayuda divina en el tiempo del Señor.

El Señor se había revelado a Ananías, pero hemos leído que Ananías había levantado objeciones al mandato del Señor. El mismo hombre que había dicho: *“Heme aquí, Señor”* (v. 9), ya se opuso al mandato divino del Señor. Oh queridos amigos, es un retrato exacto de la naturaleza de cada hijo de Dios. Se intercambian su gran voluntad y la peor falta de voluntad. Son como David: en un momento son tan valientes como leones, y el próximo momento dicen con David: *“Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl”* (1 Sam. 27:1). Se requiere no sólo el mandato de Dios en su vida, sino también la gracia irresistible y eficaz para hacer que sus corazones torpes se sometan a la voluntad de Dios. Es una maravilla que el Señor soporte a estas flaquezas y debilidades de Su pueblo, pero es por causa de Su amor eterno para con ellos. El pueblo de Dios tiene un Sumo Sacerdote compasivo que vive siempre para interceder por ellos (Heb. 7:25). Aquí vemos la certeza de lo que leemos en Filipenses 2:13: *“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su buena voluntad”*.

En su respuesta al Señor, Ananías habla del mal que Saulo había hecho a los santos de Jerusalén, y Le dice que Saulo aun tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocaban el Nombre de Dios. Oh amigos, aquí vemos lo que es el hombre, mirando más a la obra humana que la obra divina. Confesamos con nuestra boca que el Señor puede convertir hasta el mayor enemigo; sin embargo, cuando toca el momento, queremos que aquel enemigo tenga ciertas cualidades. ¿No es cierto que muchas veces podemos creer acerca de la conversión de uno más que de otro? Oh, Ananías se olvidó de la omnipotencia del Señor.

Sin embargo, el Señor no se enoja con la oposición de Ananías, sino que le muestra compasión y paciencia. Le responde a Ananías: *“Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”*. Pablo es un “instrumento escogido”, pues fue separado por Dios a través del llamamiento eficaz como el mismo Pablo testifica en Gálatas 1:15, 16: *“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre”*.

Estas palabras del Señor tenían una influencia poderosa en Ananías, y le quitaron cualquier miedo de hacer lo que el Señor le mandaba. Cuando la palabra de Dios viene con poder, todas

objeciones humanas son calladas, y como nos dice el Salmista: *“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder”* (Salmos 110:3). Así fue con Ananías, y leemos que *“fue entonces Ananías”*. Su corazón ya no estaba lleno de temor, sino con alegría. Ahora él anhelaba ver y hablar con Pablo, el instrumento escogido de Dios. Oh amigos, siempre es una causa de gozo para el pueblo de Dios oír que este o aquello haya nacido en Sion, para la gloria del Rey eterno. Es más, su alegría del pueblo de Dios es aún mayor cuando uno que ha sido un enemigo de Dios y que ha gastado sus fuerzas intentando romper el reino de Dios ya se rinda al poder de Dios, y cuando ya se ponga a orar: *“Oh Señor, ¡ten misericordia de mí!”* Cuánto más alegres aún se pone el pueblo de Dios cuando puede creer que este enemigo anterior ya será usado por Dios en la obra de la Iglesia de Cristo. Aquel a quien se perdona mucho tiene mucho amor por Jesús y la verdad de Su palabra. El amor de Cristo ya lo constriñe (2 Corintios 5:14).

Cuán alegre habrá estado Ananías al haber sido el hombre escogido por Dios para poner sus manos en Pablo, para que Pablo recibiera la vista y fuera lleno del Espíritu Santo, y para que fuera preparado para proclamar el Nombre de Jesús entre los gentiles. Fíjense, queridos amigos, que esto no causó ninguna envidia en el corazón de Ananías. Cuando la vida de la fe está en acción, cada uno del pueblo de Dios estima al otro mejor que sí mismo. Cuando su naturaleza humana se levanta, entonces buscan su propia gloria y quieren figurarse entre los demás; sin embargo, Dios no está en medio de ellos. Pero cuando la gracia reina en el corazón, la meta única es la gloria de Dios y la extensión de Su reino, y se considera como un privilegio que Dios los emplee en Su servicio. Se hace verdad las Escrituras: *“El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo”* (Mt. 23:11).

Ananías fue por la calle que se llama Derecha y entró en la casa de Judas, donde estaba Pablo. ¡Qué cosa más maravillosa vio Ananías! Allí estaba aquel fariseo orgulloso, el enemigo sangriento, ya postrado y suplicando a Dios. Ananías pronto hace lo que el Señor le había mandado: pone las manos sobre Pablo. Este acto era algo que había sido instituido y ordenado por Dios en la Iglesia. Es así, con el poner de las manos, que los sacrificios eran consagrados. El patriarca Jacob murió con las manos sobre sus nietos, los hijos de José. En el Nuevo Testamento, esta institución recibió un significado aun más importante, pues el ministerio y las bendiciones del Nuevo Testamento fueron infinitamente mayores que los del Antiguo Testamento. De hecho, los dones sobrenaturales del Espíritu Santo fueron repartidos a través de la imposición de las manos. También este rito fue utilizado para sanar a los enfermos (Santiago 5:13-16). Esta

institución fue especialmente utilizada para ordenar a las personas que recibían el llamado para servir en la Iglesia (Hechos 13:2, 3).

Ananías se dirige a Pablo de una manera muy amable y tierno: *“Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo”* (v. 17). También le dijo a Pablo: *“El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre”* (Hechos 22:14-16).

Fijémonos que Ananías le llama “Saulo”, así demostrando que sabía quién era, pero también le dice “hermano”, pues Saulo, junto con Ananías, había sido nacido de Dios en Cristo Jesús. Ananías ya no lo miró como enemigo, sino que lo recibió como un hermano. No podemos expresar con palabras lo que habrían experimentado Ananías y Pablo en aquel momento. Al oír que Ananías le llamó “hermano”, Pablo habría sido lleno de vergüenza y asombro; sin embargo, para animarlo, Ananías añade las palabras: *“El Señor Jesús...me ha enviado”*. Ananías no habló ni siquiera una palabra acerca de la enemistad anterior de Pablo, sino que sólo le habló acerca de la obra de la gracia en él. Pues, ya que Jesús le había vestido a Pablo con el manto de la justicia, Ananías no quiso aumentar el peso de culpa que Pablo ya sentía. Así es el amor entre los verdaderos hijos de Dios; son dispuestos a olvidarse del pasado y perdonar las ofensas de otros.

Ananías le cuenta a Pablo los dos motivos de su venida: para que Pablo reciba la vista y para que sea lleno del Espíritu Santo. Es así que Pablo no sólo recibe los dones comunes del Espíritu, sino que recibe los dones especiales del Espíritu; sería ordenado al cargo de apóstol, y por eso Ananías tenía que poner las manos sobre él. En nuestro segundo pensamiento, veremos el **resultado feliz del encuentro** de Ananías y Pablo.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Leemos que *“...al momento le cayeron de los ojos como escamas”*. La luz divina que había resplandecido sobre Pablo en su ida a Damasco lo había cegado tanto física como espiritualmente. Las membranas de sus ojos se habían secado para que no se pudieran abrir. Ahora, por medio de un milagro, esta rigidez y estas “escamas” cayeron al momento que Ananías le habló a Pablo, para que la vista fuera restaurada a Pablo inmediatamente. Así que Pablo recibió una muestra visible del poder y amor de Jesús para el fortalecimiento de su fe, y

para una certeza de que el Señor lo iba a emplear en Su servicio. Sin embargo, Pablo, el fariseo orgulloso, había sido cegado espiritualmente, y se postraba ante Dios condenándose y ciego en cuanto al camino de la salvación. Se encontró en las tinieblas ahí en Damasco, y no pudo ver ni siquiera un rayo de esperanza. En esa condición había orado, “Señor Jesucristo, ten misericordia de mí”, y el Señor oyó su oración. Cuando Ananías puso sus manos sobre Pablo, las escamas “espirituales” también cayeron de sus ojos espirituales. En la Biblia nos dice que “al momento” cayeron las escamas; es la obra del Espíritu Santo en el corazón, Quien ilumina el camino de la salvación para pecadores que están perdidos. Él señala al Señor Jesús, Quien es la Luz verdadera, y en cuya luz su pueblo ve la luz. La obra del Espíritu es irresistible, eficaz, e inmediata. Los resultados fueron bendecidos: Pablo se levantó y fue bautizado.

Antes de que se bautizara Pablo, Ananías le había dicho: “*El Dios de nuestros padres te ha escogido, para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca*” (Hechos 22:14). Así Ananías le señala a Jesús, el único Fuente de la Salvación, y al Dios del Pacto. Desde la eternidad Pablo había sido predestinado y escogido según la gracia soberana, para que tuviera un conocimiento salvador de cómo un pecador que merece la condenación puede ser salvo por medio de la justicia, la sangre y la gracia del Señor Jesucristo. Entonces, la causa de la conversión de Pablo en su ida a Damasco fue el beneplácito soberano del Señor. En las propias palabras de Pablo: “*¿Dónde, pues, es la jactancia? Queda excluida*” (Ro. 3:27). Pablo recibió la salvación para que pudiera dar testimonio a todos los pueblos de su propia miseria y la gloria salvadora de Jesús, el único Mediador. Así es que Pablo pudo no sólo pudo predicar acerca de la salvación, sino que pudo predicar de ella por la experiencia. En todo, la gracia soberana de Dios es la que se glorifica.

Ananías le dice a Pablo: “*Levántate y bautízate*” (Hch. 22:16). Parece que Pablo había quedado postrado y que seguía orando. Seguramente no quería moverse, habiendo recibido una vista de Señor Jesús. Queridos amigos, ¿alguna vez han estado en aquel lugar, donde se habían quedado postrados después de una visita del Señor? Es un lugar muy bendito.

Leemos que Ananías le dijo a Pablo: “*...bautízate y lava tus pecados, invocando su nombre*” (Hch. 22:16). Con esto Ananías significa: “Que el perdón y el lavamiento de tus pecados te sea sellado a través del bautismo”, pues el bautismo en sí nunca puede lavarnos nuestros pecados, sino que es una señal del mismo. Entonces Pablo se levantó y fue bautizado, probablemente en un lugar público como embajador de Cristo ante los ojos de los creyentes en Damasco. Así Pablo

dio evidencia de que encontró la vida eterna no en sí mismo, sino en la muerte y la resurrección de Jesús, y que ahora Lo había recibido a Cristo como la única fuente de su salvación.

Leemos en nuestro capítulo que Pablo, “...*habiendo tomado alimento, recobró fuerzas*”. Él había estado en oración y ayuno. Una vez que su alma haya sido salva, su cuerpo ya necesitaba comida. Seguramente Pablo jamás había sido tan agradecido por la comida que recibió en aquel día. Como hijo de Dios, la disfrutó en el favor de Su Padre, y así recibió fuerzas de ella. Hijo de Dios entre nosotros, ¿has experimentado alguna vez que las bendiciones temporales de Dios, sean pocas o sean muchas, son más preciosas cuando las miras tomando en cuenta que no las mereces, sino que te las han sido merecidas por Cristo? Cuando el hijo de Dios experimenta eso, entonces una migaja de pan y un vasito de agua le son de mucha bendición, y de ello recibe muchas fuerzas, pues se disfruta junto con la bendición del Señor.

Luego, Pablo “...*estuvo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco*”. Sin duda, Pablo contó a estos discípulos lo que Dios había hecho para él, así contando que cuán milagro que Dios hubiera buscado a un fariseo orgulloso para recibir la luz divina en su alma. ¡Cómo se habrían regocijado aquellos discípulos al oírlo! Hijo de Dios entre nosotros, ¿te acuerdas de aquel momento del primer amor, cuando casi no pudiste dejar la dulce comunión de los santos, donde se glorificaba la gracia concedida en ti? Oh ¡cuán alegre será el pueblo de Dios cuando pueda servirle a Dios para siempre, junto con todos los que aman a Dios de verdad! ¡Qué esperanza más hermosa tiene el pueblo de Dios, de poder dar el honor, la alabanza, la gloria, y la adoración para siempre a Dios, Quien lo redimió con Su Sangre.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal como nuestro tercer pensamiento, vamos a cantar del **Salterio 398, las estrofas 1 y 2.**

TERCER PUNTO

Queridos amigos, es la misericordia divina que hace que los ojos ciegos vean, y que levanta a los que están caídos. Oh, ¡qué conociera esto por experiencia propia cada uno de nosotros! ¡Qué cada uno presente hoy pudiera decir: “Este milagro también me pasó a mí”! Sin embargo, me temo que muchos de ustedes todavía no conozcan su ceguera, ni si hayan postrado en el polvo ante Dios como su Juez. Lamento decir que hay entre nosotros que dirán: “¿Acaso soy ciego? Toda mi vida he vivido bajo la luz el Evangelio, en el cual Dios se ha revelado como Padre en Cristo Jesús”. Oh amigos, la ceguera y la luz falsa es mucho entre los cristianos nominales, es

decir, los que se les llaman cristianos. Muchos suponen que por el hecho de ser nacidos de padres cristianos, y por causa de su bautismo y su confesión de fe ante la gente, y por cumplir algunos ritos religiosos y no caer en pecados, entonces no son ciegos, sino que ven, creen, y esperan en el Señor Jesucristo. De su propia manera, sirven a Dios y a los dioses del mundo a la vez, aunque de hecho esto nunca puede hacerse. Nunca han conocido su ceguera espiritual, y nunca se han postrado como pecadores muertos a los pies de Jesús.

Oh amigo mío, si así es tu caso, ¡las escamas aún están en tus ojos! “*Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes*” (Santiago 4:6). Tú no ves el camino de destrucción en el cual caminas. Por más que pienses que has avanzado en el camino al cielo con tu confesión externa, no entrarás en el reino de Dios sin ser regenerado. Las escamas que te han cegado sólo serán quitadas cuando el Espíritu Santo te convenza de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8). Oh, si yo pudiera convencerte de tu error peligroso lo haría, pero no lo puedo hacer; sólo te puedo exhortar que te examines mucho. Amigo, ¿acaso piensas que las escamas de tus ojos han caído cuando tú no conoces nada de la tristeza según Dios que lleva al arrepentimiento? ¿Podrá Jesús ser tu Salvador único y perfecto si tú todavía piensas que eres tan bueno en ti mismo? ¿Es posible que tú pertenezcas al pueblo comprado por la sangre de Jesús, cuando de hecho no amas ese pueblo humilde que Lo sirve? Oh amigo mío, ¡pregúntate ante Dios si alguna vez te has conocido como un pecador pobre, miserable y ciego, y si esto te haya llevado a los pies de Jesús! Pregúntate si alguna vez has conocido a Jesús como tu Profeta, tu Sacerdote y tu Rey. Si no has experimentado eso, las escamas aún están en tus ojos. Espero que no sea demasiado tarde cuando te abran los ojos, y que no sea ya en la eternidad donde no habrá más esperanza. Oh amigo, la invitación todavía se extiende a los ciegos, y Dios aun quiere glorificarse en la conversión de pecadores. Todavía tú vives en el día de la gracia, pero puede ser que mañana sea demasiado tarde. “*Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de sí misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar*” (Is. 55:7).

¿Hay entre nosotros aquellos que sí confiesan: “Oh, soy ciego, y ando en las tinieblas y en la sombra de la muerte”? Si esa confesión es del corazón, y no sólo de la mente, a tales personas les puedo decir que pueden encontrar refugio donde Pablo lo encontró: a los pies de Jesús. Si tu ceguera la llegado a ser tu propia culpa por la gracia de Dios, y si tú te acusas de ser alejado de la vida de Dios, entonces esto quiere decir que como Pablo, has comenzado a orar. No puedes levantarte hasta que las escamas hayan caído de los ojos. Sólo tú sabrás si para ti la ceguera es

algo insoportable, o si todavía lo puedes soportar como tantas personas que viven sin buscar su refugio en Él que puede abrir los ojos de los ciegos. Si eres como Pablo y estás verdaderamente postrado con él a los pies de Jesús, tu fin será una bendición por la gracia de Dios.

Ahora bien, tal vez hay algunos entre nosotros que no pueden vivir más sin Dios, pero dicen: “Aún estamos ciegos. El Señor no nos sana; se lo hemos pedido por tanto tiempo, y todavía las escamas no han caído de nuestros ojos”. Amigo mío, ¿te es algo fastidioso seguir orando a Dios que te dé la vista de nuevo? ¿Acaso no es mejor estar así en cambio de cómo eras antes, cuando servías el mundo y el pecado, y cuando eras un enemigo de Dios y Su pueblo? Estoy seguro que prefieres estar así a los pies de Jesús en cambio de volver a los caminos del pecado. Escucha las palabras del Señor: “*Aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará*” (Hab. 2:3). ¿Acaso no es eso tu esperanza también, y lo que te hace perseverar en el trono de la gracia? ¿Quién sabe?, tal vez haya un Ananías que está por venir y quien pondrá sus manos en ti. Te puedo asegurar que ningún pecador humillado perecerá a los pies de Jesús. El Señor levanta a los caídos. El Mismo Dios que te dio el conocimiento de su ceguera espiritual también, en Su tiempo, hará que tú recibas la vista de nuevo. Las escamas caerán de tus ojos, y tú te levantarás, y Cristo te dará luz. Entonces darás no sólo tu mano, sino todo el corazón a Jesús, y Le dirás con Job: “*De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven*” (Job 42:5). Ora, entonces, por el Espíritu Santo, pues Él es el Único que puede abrir los ojos de tu entendimiento, y el Único que puede renovar tu corazón, haciéndote creer y tener fe.

Hijos de Dios entre nosotros, quienes han experimentado esta obra del Espíritu Santo, ustedes jamás olvidarán el momento cuando con los ojos puestos en Jesús, podían decir: “*Yo sé a quién he creído*” (2 Tim. 1:12). Entonces tenían que confesarlo a otros, y encomendarlo al prójimo. Les era algo necesario ir y compartir a los demás hijos de Dios de lo que Él había hecho en su alma, para glorificarle a Él con el pueblo de Dios. Oh, ¡cuán diferente es tu alma ahora! Ya no tienen otra necesidad aparte de ser guiados como ciegos, como dicen las Escrituras: “*Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, y les haré andar por sendas que no habían conocido*” (Is. 42:16). Ustedes son y quedarán ciegos en sí mismos en esta vida, pero Él es la Luz, y es su deseo andar y vivir en Su luz. La luz de Él les muestra más y más sus propias tinieblas y pecados, pero también les mostrará el Sol de justicia, Quien “*...en sus alas traerá salvación*” (Mal. 4:2). Ahora es su deseo andar como hijos de la Luz, siguiéndole donde Él les guíe, tomando su cruz y regocijándose en Su Nombre todos los días. Grande es su privilegio aquí, pero

inexpresable es el gozo que les espera en el cielo. Un día ustedes ya no tendrán aquel cuerpo de pecado y de muerte, sino que vivirán para siempre en Su luz. Aquí en el mundo tienen esos tesoros en vasos de tierra, y muchas veces tienen que andar con un aguijón de la carne, para que no se enaltezcan sobremanera (2 Cor. 12:7). Sin embargo, “...*todas las cosas les ayudan a bien*” (Romanos 8:28). Nada ni nadie puede separarlos del amor de Cristo, Quien les ha amado con Su amor eterno. Él que los buscó, y que los llevó a Sus pies y hizo que cayeran las escamas de sus ojos, se ha hecho su luz, y Él será su luz para siempre. Con el Salmista los hijos de Dios dirán: “*Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz*” (Salmos 36:9) Amén.